Sal y Luz

Domingo V de Cuaresma (A)- 29 de Marzo de 2020

Nº19 Parroquia San Carlos Borromeo

El señorío sobre la muerte no impidió a Jesús experimentar una sincera compasión por el dolor de la separación. Al ver llorar a Marta y María y a cuantos habían acudido a consolarlas, también Jesús «se conmovió profundamente, se turbó» y, por último, «lloró» (Jn 11, 33. 35). El corazón de Cristo es divino-humano: en él Dios y hombre se encontraron perfectamente, sin separación y sin confusión. Él es la imagen, más aún, la encarnación de Dios, que es amor, misericordia, ternura paterna y materna, del Dios que es Vida. **(9.3.2008-BXV)**

Yo soy la Resurrección y la Vida

Jn 11, 1-45

COMENTARIO

Primera lectura: Ez 37, 12-14: *pondré mi espíritu en vosotros y viviréis*

Salmo Responsorial: Sal 129: *Del señor viene la Misericordia y la Redención copiosa*

Segunda lectura: Rom 8, 8-11: *El espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros.*

Evangelio: Jn 11, 1-45: *Yo soy la Resurrección y la Vida*

JESUCRISTO: VIDA Y ESPERANZA DEL HOMBRE

1.- Contexto del pasaje en la Cuaresma:

En estos domingos de Cuaresma, a través de los pasajes del evangelio de san Juan, la liturgia nos hace recorrer un verdadero itinerario bautismal: hace dos domingos, Jesús prometió a la samaritana el don del "agua viva"; el domingo pasado, curando al ciego de nacimiento, se reveló como "la luz del mundo"; hoy, resucitando a su amigo Lázaro, se presenta como "la resurrección y la vida". Agua, luz y vida: son símbolos del bautismo, sacramento que "sumerge" a los creyentes en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, liberándolos de la esclavitud del pecado y dándoles la vida eterna.

El milagro de la resurrección de Lázaro constituye un puente entre la primera y la segunda parte del evangelio de Juan. **La primera parte, llamada «libro de los signos», es un conjunto de milagros a través de los cuales Jesús manifiesta su identidad.** Las bodas de Caná, la multiplicación de los panes, el ciego de nacimiento, permiten a Jesús hablar de sí mismo con el admirable lenguaje de los signos: él es el vino nuevo de la salvación, el pan bajado del cielo, la luz del mundo que nos permite ver el horizonte trascendente de las cosas. **Con el milagro de la resurrección de Lázaro, se llega al clímax de las afirmaciones de Jesús: Yo soy la resurrección y la vida**. Ninguna afirmación puede superar a esta que nos habla de Cristo como Absoluto, como el Día último en que resucitarán los muertos.

La segunda parte del evangelio de Juan se llama «libro de la gloria» porque presenta la muerte y resurrección de Jesús a la luz la «gloria» con la que Dios mismo se manifiesta en su propio Hijo. Cuando, al mandato de Cristo de quitar la losa del sepulcro, Marta responde que su hermano lleva ya cuatro

días enterrado y huele mal, Jesús replica: «¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios». **La enfermedad y muerte de Lázaro servirá, como dice Jesús a sus discípulos, «para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».**

¿En qué sentido? **Es claro en todo el relato que Jesús desea acrecentar la fe de los suyos y sembrar la fe en quienes aún no creen en él.** Entre los judíos, había quienes creían en la resurrección de los muertos, al final de los tiempos, y quienes la negaban, como los saduceos. **El milagro de la resurrección de Lázaro manifiesta el ser mismo de Jesús: él es la resurrección y la vida.** Pero paradójicamente, este milagro, que suscita la fe en muchos judíos, se convierte en el hecho que provoca la reunión del Sanedrín que decide darle muerte. Así lo dice proféticamente el sumo sacerdote Caifás: «Conviene que uno muera por el pueblo». Y desde aquel día decidieron darle muerte.

Queda aún sin esclarecer una cuestión ya aludida: **¿en qué sentido el milagro de la resurrección revela la gloria de Dios en Jesús?** En primer lugar, por el hecho mismo: **el poder de resucitar a un muerto sólo pertenece a Dios, que manifiesta así su gloria, su soberanía sobre la vida y la muerte.** Pero hay todavía otro motivo latente en el relato. **La resurrección de Lázaro anuncia y prefigura la definitiva resurrección —la de Cristo— que hace de su muerte una muerte gloriosa, pues gracias a ella, Jesús atraerá todas las miradas hacia él, es decir, será reconocido como el vencedor de la muerte**. Por eso puede decir a Marta: «el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

La fe en Cristo nos introduce ya aquí, en este mundo, en el ámbito definitivo de la Vida. Creer en él y vivir para siempre son las dos caras de una misma realidad. Este evangelio, por tanto, nos dispone a vivir el misterio pascual de Cristo con la esperanza de la vida inmortal, aunque pasemos por el trance de la muerte física. **Como a Marta, Jesús nos pregunta: ¿Crees esto? La fe en la resurrección no es una ilusión sin cumplimiento, ni un anhelo sin plenitud: es la señal que define al cristiano, la verdad contundente del Credo que sostiene las demás verdades como la clave de bóveda**. Sin la resurrección no hay cristianismo, no hay Cristo. El cristiano afronta la muerte con la serenidad de quien vive ya en la Vida.

2.- La presentación de la escena: marco geográfico y personajes

Según el episodio inmediato anterior narrado por San Juan (10, 40-42),

que prepara el final de su ministerio público, Jesús está con sus discípulos a orillas del río Jordán, en la región de Perea. Allí recibe la noticia de la enfermedad de su amigo Lázaro de Betania. El nombre de esta aldea, Bet-Anyia, que en hebreo significa «casa de la aflicción», a unos 3 kms de Jerusalén, parece entrar de lleno en el significado del pasaje: **mostrar que de la aflicción, el dolor y el llanto de la enfermedad y la muerte, se pasará a la alegría y al gozo de la resurrección y la vida.** La casa de Betania ha quedado en el recuerdo de los primeros discípulos como el lugar donde Jesús encontraba el remanso, el reposo y la paz. Allí Jesús reponía las fuerzas desgastadas por el agotamiento del ministerio y las disputas con escribas y fariseos; allí, lejos de las presiones externas de todo tipo, se rehacía compartiendo con sus amigos íntimos alegrías y esperanzas, ilusiones y preocupaciones; allí encontraba y disfrutaba los escasos momentos de felicidad humana para una vida entregada por entero a su misión (E. Leclerc). **Betania era para Jesús el lugar del consuelo.**

El nombre del personaje central de la historia, Lázaro, resulta también elocuente. En hebreo responde a **`El-`Azar, «Dios ayuda», es decir, Dios es el que de verdad ayuda en los momentos más delicados, difíciles y dolorosos de la vida del hombre, como la enfermedad, en los momentos en que todo parece perdido, en peligro de muerte**. Dios sale siempre al encuentro del hombre que necesita ayuda. En este caso, Dios, por medio de su Hijo Jesucristo, viene en ayuda de un hombre cuando ya para los mismos hombres todo es irremediable.

Los personajes de las dos mujeres, Marta y María, a pesar de su presentación breve y concisa, quedan bien definidos. Parece que María es la que ungió al Señor con perfume (cf. Jn 12, 3; Mc 14, 3-9; Mt 26, 6-13). Es también protagonista junto a su hermana de una escena familiar que da ocasión a un diálogo con Jesús (cf Lc 10, 38-42). Son dos mujeres necesitadas de ayuda: se encuentran solas frente al dolor de la enfermedad -y posterior pérdida- de su único hermano varón. Dios también viene al encuentro de estas dos mujeres sencillas, desamparadas -no se dice que tuvieran otros familiares- y en grave tribulación. **Tanto Lázaro como sus hermanas representan a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos que atraviesan por graves momentos de dolor y sufrimiento.**

La amistad de Jesús

El mensaje que las hermanas de Lázaro envían a Jesús está introducido con las palabras: «Señor, el que tú amas está enfermo» (v. 3). El amor de amistad, de reconocimiento y gratitud de Jesús por Lázaro, Marta y María,

aparece repetidamente en el relato. En el v. 5 se dice que Jesús «amaba» a los tres hermanos; en el v. 11 Jesús llama a Lázaro «nuestro amigo»; en el v. 36, los judíos se quedan admirados por él comportamiento de Jesús, lo que les hace exclamar: «Mirad cómo le amaba». Llama la atención la insistencia en este amor de Jesús que hace pensar en el modo como amaba a otro de sus discípulos: Juan. El amor de amistad es, sin duda, uno de los temas centrales del relato. Para hablar de este amor de amistad, Juan usa dos verbos, phílein y agapân, que son sinónimos y denotan una sensibilidad humana ligada a una sintonía espiritual, y caracterizan la amistad de Jesús (G. Zevini). **Los dos verbos ponen de relieve la finura de Jesús, que ama con un corazón humano, pero con la magnitud y la ternura del corazón de Dios. Jesús ama como verdadero Dios y como verdadero hombre.** Este relato, como ningún otro del evangelio, constituye un magnífico comentario de las palabras de Prólogo: «El Verbo se hizo carne». La humanidad de Jesús no es una humanidad de fachada, aparente; «Y acampó entre nosotros», es decir, compartió con nosotros todo lo que es propio de la ciudad humana: el sufrimiento y el dolor, en especial, el que viene por la pérdida de los seres más queridos.

3.- El desconcertante gesto de la espera y la Oración de petición de Jesús

En el relato joánico de la resurrección de Lázaro, se entrecruzan, por una parte, la relación de **Jesús con un amigo y con su sufrimiento y, por otra, la relación filial que él tiene con el Padre**. La participación humana de Jesús en el caso de Lázaro tiene rasgos particulares. En todo el relato, como antes veíamos, se recuerda varias veces la amistad con él, así como con las hermanas Marta y María. Jesús mismo afirma: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo» (Jn 11, 11). El afecto sincero por el amigo también lo ponen de relieve las hermanas de Lázaro, al igual que los judíos (cf. Jn 11, 3; 11, 36); se manifiesta en la conmoción profunda de Jesús ante el dolor de Marta y María y de todos los amigos de Lázaro, y desemboca en el llanto —tan profundamente humano— al acercarse a la tumba: «Jesús, viéndola llorar a ella [Marta], y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: "¿Dónde lo habéis enterrado?". Le contestaron: "Señor, ven a verlo". Jesús se echó a llorar» (Jn 11, 33-35).

Esta relación de amistad, la participación y la conmoción de Jesús ante el dolor de los parientes y conocidos de Lázaro, está vinculada, en todo el relato, con una continua e intensa relación con el Padre. Desde el comienzo,

Jesús hace una lectura del hecho en relación con su propia identidad y misión y con la glorificación que le espera. Ante la noticia de la enfermedad de Lázaro, en efecto, comenta: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (Jn 11, 4). Jesús acoge también con profundo dolor humano el anuncio de la muerte de su amigo, pero siempre en estrecha referencia a la relación con Dios y a la misión que le ha confiado, dice: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis» (Jn 11, 14-15). **El momento de la oración explícita de Jesús al Padre ante la tumba es el desenlace natural de todo el suceso, tejido sobre este doble registro de la amistad con Lázaro y de la relación filial con Dios.** También aquí las dos relaciones van juntas. «Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado"» (Jn 11, 41): **es una eucaristía.** La frase revela que Jesús no dejó ni siquiera por un instante la oración de petición por la vida de Lázaro. **Más aún, esta oración continua reforzó el vínculo con el amigo y, al mismo tiempo, confirmó la decisión de Jesús de permanecer en comunión con la voluntad del Padre, con su plan de amor, en el que la enfermedad y muerte de Lázaro se consideran como un lugar donde se manifiesta la gloria de Dios.**

Al leer esta narración, cada uno de nosotros está llamado a comprender que en la oración de petición al Señor **no debemos esperar una realización inmediata de aquello que pedimos, de nuestra voluntad, sino más bien encomendarnos a la voluntad del Padre, leyendo cada acontecimiento en la perspectiva de su gloria, de su designio de amor, con frecuencia misterioso a nuestros ojos. Por ello, en nuestra oración, petición, alabanza y acción de gracias deberían ir juntas, incluso cuando nos parece que Dios no responde a nuestras expectativas concretas**. Abandonarse al amor de Dios, que nos precede y nos acompaña siempre, es una de las actitudes de fondo de nuestro diálogo con él. El Catecismo de la Iglesia católica comenta así la oración de Jesús en el relato de la resurrección de Lázaro: **«Apoyada en la acción de gracias, la oración de Jesús nos revela cómo pedir: antes de que lo pedido sea otorgado, Jesús se adhiere a Aquel que da y que se da en sus dones. El Dador es más precioso que el don otorgado; es el "tesoro", y en él está el corazón de su Hijo; el don se otorga como "por añadidura"** (cf. Mt 6, 21 y 6, 33)» (n. 2604). **Esto me parece muy importante: antes de que el don sea concedido, es preciso adherirse a Aquel que dona; el donante es más precioso que el don. También para nosotros, por lo tanto, más allá de lo que Dios nos da cuando lo invocamos, el don más grande que puede otorgarnos es su amistad, su**

presencia, su amor. Él es el tesoro precioso que se ha de pedir y custodiar siempre.

La oración que Jesús pronuncia mientras se quita la piedra de entrada a la tumba de Lázaro, presenta luego un desarrollo particular e inesperado. Él, en efecto, después de dar gracias a Dios Padre, añade: «Yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado» (Jn 11, 42). **Con su oración, Jesús quiere llevar a la fe, a la confianza total en Dios y en su voluntad, y quiere mostrar que este Dios que ha amado al hombre hasta el punto de enviar a su Hijo Unigénito (cf. Jn 3, 16), es el Dios de la Vida, el Dios que trae esperanza y es capaz de cambiar las situaciones humanamente imposibles.** La oración confiada de un creyente, entonces, es un testimonio vivo de esta presencia de Dios en el mundo, de su interés por el hombre, de su obrar para realizar su plan de salvación.

Esta oración revela que el vínculo profundo entre el amor a Dios y el amor al prójimo debe entrar también en nuestra oración. **En Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, la atención hacia el otro,** especialmente si padece necesidad o sufre, la conmoción ante el dolor de una familia amiga, lo llevan a dirigirse al Padre, en esa relación fundamental que guía toda su vida. **Pero también viceversa: la comunión con el Padre, el diálogo constante con él, impulsa a Jesús a estar atento de un modo único a las situaciones concretas del hombre para llevarle el consuelo y el amor de Dios.** La relación con el hombre nos guía hacia la relación con Dios, y la relación con Dios con conduce de nuevo al prójimo.

Nuestra oración abre la puerta a Dios, que nos enseña constantemente a salir de nosotros mismos para ser capaces de mostrarnos cercanos a los demás, especialmente en los momentos de prueba, para llevarles consuelo, esperanza y luz. **El Señor nos conceda ser capaces de una oración cada vez más intensa, para reforzar nuestra relación personal con Dios Padre, ensanchar nuestro corazón a las necesidades de quien está a nuestro lado y sentir la belleza de ser «hijos en el Hijo», juntamente con numerosos hermanos.**

4.- La subida a Jerusalén en compañía de los discípulos

Al tercer día de conocer la noticia Jesús se pone en camino haciendo una invitación a los discípulos: «Vamos de nuevo a Judea». Hay que destacar que, aunque parezca sorprendente, Jesús no habla de ir a Betania a casa de Lázaro, sino de ir a «Judea», un término más genérico, que incluye a Jerusalén, con lo cual está dando a entender que concibe este viaje como la última visita a

Jerusalén y la afronta como la estancia que terminará en la muerte. Por otra parte, la decisión de ir a Judea supone la decisión de Jesús de morir, es decir, de entregar la vida. De este modo, la «resurrección» de Lázaro está íntimamente conectada con la «entrega» de la vida por parte de Jesús. Los dos hechos está estrechamente relacionados. Que los discípulos lo han entendido así se pone de manifiesto en el hecho de que en el v. 16 Tomás se adelanta a los demás diciendo: «Vamos también nosotros a morir con Él.» En las palabras de Jesús se esconde, por tanto, una invitación a compartir la parte final de su ministerio que acabará en la muerte que es la entrega de la vida. Pero esa invitación, formulada en primera persona del plural, «vamos», implica que Jesús se coloca en primer lugar, Él va por delante. Es una invitación muy parecida a la que encontramos en los evangelios sinópticos en la etapa final del ministerio público: «Mirad que subimos a Jerusalén...» (Lc 18, 31), o esta otras «Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo...» (Mc 8, 34). Jesús no quiere que los que le han seguido hasta entonces se llamen a engaño: seguirle en adelante supone para ellos, como para Él, la entrega de la propia vida.

5.- El diálogo con Marta: «Yo soy la resurrección y la vida»

En la primera lectura el profeta Ezequiel anuncia al pueblo judío, en el destierro, lejos de la tierra de Israel, que Dios abrirá los sepulcros de los deportados y los hará regresar a su tierra, para descansar en paz en ella (cf. Ez 37, 12-14). Esta aspiración ancestral del hombre a ser sepultado junto a sus padres es anhelo de una «patria» que lo acoja al final de sus fatigas terrenas. Esta concepción no implica aún la idea de una resurrección personal de la muerte, pues esta sólo aparece hacia el final del Antiguo Testamento, y en tiempos de Jesús aún no la compartían todos los judíos. Por lo demás, incluso entre los cristianos, la fe en la resurrección y en la vida eterna con frecuencia va acompañada de muchas dudas y mucha confusión, porque se trata de una realidad que rebasa los límites de nuestra razón y exige un acto de fe.

En el Evangelio escuchamos la voz de la fe de labios de Marta, la hermana de Lázaro. A Jesús, que le dice: «Tu hermano resucitará», ella responde: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día» (Jn 11, 23-24). Y Jesús replica: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá» (Jn 11, 25). Esta es la verdadera novedad, que irrumpe y supera toda barrera. Cristo derrumba el muro de la muerte; en él habita toda la plenitud de Dios, que es vida, vida eterna. Por esto la muerte no tuvo poder sobre él; y la resurrección de Lázaro es signo de su dominio total sobre la

muerte física, que ante Dios es como un sueño (cf. Jn 11, 11).

Pero hay otra muerte, que costó a Cristo la lucha más dura, incluso el precio de la cruz: se trata de la muerte espiritual, el pecado, que amenaza con arruinar la existencia del hombre. Cristo murió para vencer esta muerte, y su resurrección no es el regreso a la vida precedente, sino la apertura de una nueva realidad, una «nueva tierra», finalmente unida de nuevo con el cielo de Dios. Por este motivo, san Pablo escribe: «Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros» (Rm 8, 11).

Los Padres de la Iglesia llamaron a la Eucaristía medicina de inmortalidad. Y lo es, porque en la Eucaristía entramos en contacto, más aún, en comunión con el cuerpo resucitado de Cristo, entramos en el espacio de la vida ya resucitada, de la vida eterna. Entramos en comunión con ese cuerpo que está animado por la vida inmortal y así estamos ya desde ahora y para siempre en el espacio de la vida misma. Así, este evangelio es también una profunda interpretación de lo que es la Eucaristía y nos invita a vivir realmente de la Eucaristía para poder ser transformados en la comunión del amor. Esta es la verdadera vida.

En el evangelio de san Juan el Señor dice: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10). **Vida en abundancia no es, como algunos piensan, consumir todo, tener todo, poder hacer todo lo que se quiera**. En ese caso viviríamos para las cosas muertas, viviríamos para la muerte. Vida en abundancia es estar en comunión con la verdadera vida, con el amor infinito. Así entramos realmente en la abundancia de la vida y nos convertimos en portadores de la vida también para los demás.

Los prisioneros de guerra que estuvieron en Rusia durante diez años o más, expuestos al frío y al hambre, después de volver dijeron: "Pude sobrevivir porque sabía que me esperaban. Sabía que había personas que me esperaban, sabía que yo era necesario y esperado". Este amor que los esperaba fue la medicina eficaz de la vida contra todos los males.

En realidad, hay alguien que nos espera a todos. El Señor nos espera; y no sólo nos espera: está presente y nos tiende la mano. Aceptemos la mano del Señor y pidámosle que nos conceda vivir realmente, vivir la abundancia de la vida, para poder así comunicar también a nuestros contemporáneos la verdadera vida, la vida en abundancia.

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

San Andrés de Creta, *Canon de Lázaro.*

"Que Betania festeje con nosotros el prodigio, pues en ella, según la ley de la naturaleza humana, lloró el creador cuando iba a resucitar a Lázaro y luego transformó en gozo las lágrimas de Marta y María, devolviendo la vida al difunto. Para afianzar, oh Verbo, la fe en tu resurrección, llamaste a Lázaro del sepulcro y con tu divino poder lo resucitaste, a fin de manifestar a los pueblos que en verdad eras Dios y hombre y que habías de reconstruir el templo de tu cuerpo (Jn 2, 19-22).

Arrancaste antiguamente los cerrojos de hierro (Is 45, 2), aterrorizaste con tu voz al infierno y la muerte sintió pánico al ver que Lázaro, al cual tenía sujetado, oyendo tu voz recobró el espíritu y resucitó. Quedaron todos atónitos al verte llorar por el difunto Lázaro y dijeron admirados: Mirad cómo le amaba (Jn 11, 36). Al punto le llamaste y, obedeciendo a tu mandato, el que estaba desposeído de su espíritu resucitó abandonando su estado de corrupción".

San Germán de Constantinopla, *homilía en el día del gran Sábado.*

San Germán de Constantinopla en una homilía sobre el descenso de Cristo a los infiernos, habla imaginativamente acerca de la entrada de Lázaro en aquellas cavernas y su salida a los cuatro días por la llamada de Jesucristo:

"Tu orgullo, oh infierno, fue quebrantado por el bondadoso Lázaro, al cual no le ocurrió como a los demás (resucitados por Jesús) que fueron reanimados poco después de expirar, sino que permaneció tres días enteros retenido por tus lazos. Al ser interrogado (en el infierno) dijo que él era amigo de Cristo; pero tú te burlabas de él jactándote de que tenías recluidos a los amigos del Esperado (Cristo), a quien pensabas también derrotar.

¡Oh Inmenso poder divino! ¡Oh voz todopoderosa! El Amigo llama a su amigo muerto desde hacía cuatro días, y apenas la voz ha resonado en los ámbitos más recónditos de tus cavernas, y ya Lázaro, como quien despierta de un sueño, envolviéndose en la vestidura de su cuerpo, decentemente arreglado se presenta ante el Señor"

Romano el Melode, *Himnos.*

"Para el creyente es siempre posible lo que desea, precisamente porque posee la fe que todo lo puede y mediante la cual se recibe de Cristo cuanto se le

pida. La fe, en efecto, es el gran tesoro que al hombre se lo hace todo posible. María y Marta la poseían, gloriándose en la misma. Por eso, al enfermar su hermano Lázaro, el fiel, mandan decir al Plasmador (Creador, Hacedor): Apresúrate, Maestro, pues el amigo está enfermo. Si vienes, sanará. Sí: si haces brillar tu rostro, resucitará, se levantará diciendo: Tú eres la resurrección y la vida"

San Agustín, *Sermón 49,15 sobre el evangelio de Juan*

«El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que vive y cree en mí no morirá para siempre». ¿Qué es lo que dice? «El que en mí, aunque haya muerto como Lázaro, vivirá» porque Dios no es un Dios de muertos sino de vivos. Ya, respecto a Abraham, Isaac y Jacob, los patriarcas muertos hacía tiempo, Jesús había dado a los judíos la misma respuesta: «Yo soy el Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob. No Dios de muertos sino de vivos, porque para él todos están vivos» (Lc 20,38). ¡Cree, pues, que aunque mueras, vivirás! Pero si no crees, aunque estés vivo, estás realmente muerto… ¿De dónde le viene la muerte al alma? De que ya no tiene fe. ¿De dónde le viene la muerte al cuerpo? De que el alma ya no está en él. El alma de tu alma es la fe.

«El que cree en mí, aunque su cuerpo esté muerto, tendrá vida en su alma hasta que el cuerpo mismo resucite para no morir ya nunca más. Y cualquiera que vive en su carne y cree en mí, aunque su cuerpo deba morir por un tiempo, vivirá para la eternidad a causa de la vida del Espíritu y de la inmortalidad de la resurrección».

Esto es lo que quiere decir Jesús al responder a Marta… «¿Crees tú esto?». «Sí, Señor, le responde ella, creo que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, venido a este mundo. Creyendo esto he creído que tú eres la resurrección, que tú eres la vida, que el que cree en ti, aunque muera, vivirá; he creído que el que vive y cree en ti, no morirá eternamente».

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que el Señor Jesucristo te conceda el don de la alegría de la Pascua!

Hemos ido avanzando poco a poco por el camino de la Cuaresma y estamos llegando ya a su final. El Señor permite que estemos metidos en un tiempo de gracia que nos lleva al convencimiento de la necesidad de conversión que tenemos. El próximo Domingo V de Cuaresma constituye el punto culminante de la catequesis catecumenal que se ha ido desarrollando a lo largo de los últimos domingos con las lecturas del Evangelio de san Juan. En esta catequesis nos hemos acercado a contemplar un hermoso final, pues las lecturas presentan un mensaje nítido: la Pascua es explosión de la vida de Dios en Cristo. Las tres lecturas hablan precisamente de la vida que Dios ha querido dar al hombre. En la primera lectura, el profeta Ezequiel dice algo muy consolador en nombre de Dios: «Os infundiré mi espíritu y viviréis». Ese Espíritu -dirá san Pablo-, que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en nosotros, Él es el que infunde la vida nueva de la resurrección de Jesús en nosotros.

En la lectura del Evangelio una de las cosas que más me han llamado la atención es el dato que san Juan da acerca de Jesús: que, conmovido, lloró por la muerte de su amigo Lázaro. Unas palabras que no podremos agradecer suficiente al evangelista, pues nos ha dejado uno de los detalles más "humanos" de Jesús. Con esa fuerza dramática que le caracteriza, san Juan nos enseña que Jesús ha amado con un corazón divinamente humano, ha asumido el dolor y el sufrimiento de forma divinamente humana, ha llorado dando al llanto una dimensión divinamente humana. La familia de Betania fue testigo privilegiado de estos sentimientos de Jesús.

El corazón de Cristo es divino-humano: en él Dios y hombre se encontraron perfectamente, sin separación y sin confusión. Él es la imagen, más aún, la encarnación de Dios, que es amor, misericordia, ternura paterna y materna, del Dios que es Vida.

Por eso declaró solemnemente a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre». Y añadió: «¿Crees esto?» Una pregunta que Jesús nos dirige a ti y a mí; una pregunta que ciertamente nos supera, que supera nuestra capacidad de comprender, y nos pide abandonarnos a él, como él se abandonó

al Padre. La respuesta de Marta, mi querido amigo, es ejemplar: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (Jn 11, 27). ¿Y la nuestra? *¡Sí, oh Señor! También nosotros creemos, a pesar de nuestras dudas y de nuestras oscuridades; creemos en ti, porque tú tienes palabras de vida eterna; queremos creer en ti, que nos das una esperanza fiable de vida más allá de la vida, de vida auténtica y plena en tu reino de luz y de paz.*

Querido amigo que María, nuestra Señora, con su intercesión fortalezca nuestra fe y nuestra esperanza en Jesús, especialmente ahora en los momentos de mayor prueba y dificultad.

De manera especial te pido que reces por aquellos enfermos y sus familias que pasan por momentos más complicados. No te olvides de aquellos que diariamente nos cuidan en los hospitales. Y tú recibe un abrazo de tu amigo,

Doroteo

P.D: No puedo resistirme a dejarte unas palabras de J. H. Newman

Jesús le dijo a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.» Hagamos nuestras estas palabras de consuelo, tanto en la contemplación de nuestra propia muerte, como en la de nuestros amigos. Dondequiera que haya fe en Cristo, allí está el mismo Cristo. Él le dijo a Marta: «¿Crees esto?». Donde hay un corazón para responder: «Señor, yo creo», ahí Cristo está presente. Allí, nuestro Señor se digna estar, aunque invisible, ya sea sobre la cama de la muerte o sobre la tumba, si nos estamos hundiendo, o en aquellos seres que nos son queridos. ¡Bendito sea su nombre! nada puede privarnos de este consuelo: vamos a estar tan seguros, a través de su gracia, de que Él está junto a nosotros en el amor, como si lo viéramos. Nosotros, después de nuestra experiencia de la historia de Lázaro, no dudamos un instante que él está pendiente de nosotros y permanece a nuestro lado.

John Henry Newman, *Las lágrimas de Cristo en la tumba de Lázaro* PPS, vol. 3, n. 10